

al presente por amenazadoras montañas de horripilantes escorias, rocas calcinadas, murallas enormes cuya negra mole está formada por oleadas de antigua, trenzada y retorcida lava.

En este lugar de melancolía, de destrucción y exterminio, triste imagen de la devastación de la naturaleza, donde la mirada del fatigado viajero se detiene con angustia, no hay otra cosa más que la imponente y horrible perspectiva de ásperas y negruzcas peñas por entre las cuales se escapa un aire caliente, preñado de mefíticos miasmas, débil indicio de la viveza del fuego subterráneo. Las apiñadas rocas apenas permiten en aquel suelo, donde resuenan estrepitosamente las pisadas, formarse de trecho en trecho pequeños valles y cañadas de caliente ceniza, en la cual nuestros desgraciados animales se enterraban de tal manera, que casi tocaban en el suelo los estribos. Únicamente por intervalos se divisan á lo lejos como lucientes estrellas en oscuro y nebuloso cielo, débiles fragmentos de paisaje: la soberbia llanura, prolongándose hasta las montañas de Caserta, la ciudad de la alegría y el regocijo infinitos, con sus masas de casas irregulares y variadas, y el dorado oleaje del magnífico golfo bañando las encantadas playas de Castellamare. Ya habíamos dejado atrás mil montañas, y otras nuevas se presentaban delante con sus espumas y escorias que horrorizan, como tratando de arredrarnos con su presencia. Nuestros caballos trepaban ya con gran dificultad entre aquellas asperezas, y á cada momento nos parecía rodar sobre las duras rocas, porque la pendiente se había hecho insoportable. Un sol reverberante y ardoroso nos abrasaba con la intensidad de sus rayos; la sed nos devoraba, y el temor de que nos abandonaran en aquel sitio los fatigados corceles, nos afligía sobremanera. No era posible proseguir; paso á paso, jadeantes y haciendo supremos esfuerzos nuestros desgraciados animales, aun á pesar del castigo, apenas se movían. En esta crítica situación, dispersos aquí y allá, buscando el mejor paso, entramos en profundo silencio y meditábamos quizá, sostenidos todos por un mismo pensamiento, en la

destrucción de aquellas importantes ciudades, Pompeya, Herculano, Stabies y Cumas, que fueron sepultadas por las lavas y ceniza del Vesubio en la fatal erupción acaecida el 8 de Setiembre del año 79 de J. C. Yo me fijaba en las monótonas masas que se tendían á mi vista, y de cuando en cuando dirigía furtivas miradas al teatro del desastre, pensando involuntariamente en los castigos del cielo; en el crimen de aquellas destrozadas almas, que privadas de la fe y de los auxilios de una religión divina, fueron arrebatadas por la muerte en el pleno goce y delicias de una vida sensual, y cuyos cuerpos, ahora insepultos y conservados escrupulosamente en riquísimas urnas, sorprendidos por el cielo en el acto mismo del delito, é íntegros, intactos, tal cual estaban el día de la catástrofe, se hallan expuestos á las futuras generaciones como un atestado solemne que manifiesta la justa indignación de Dios; como un ejemplar magnífico que habla muy altamente á la voluptuosa muchedumbre que habita los contornos de aquella montaña; á la veleidosa y lasciva gente que parece no teme desafiar á la Divinidad ante aquellos avisos; á la vista de aquel boquerón inmenso que ha abortado de sus entrañas la muerte y la desolación, y que eternamente encendido por la cólera del Altísimo, pesa sobre sus cabezas como la amenazadora espada de Dámocles.

Me hallaba sumergido en serias y profundas reflexiones, cuando repentinamente se dejó escuchar el bullicio de algunas gentes, y el grito de nuestro guía que mandaba apearnos del caballo. Era que habíamos llégado al valle que separa á *Monte Somma* del Vesubio, lugar llamado vulgarmente *Atrio del Cavallo*. Inmediatamente nos apeamos y procuramos tomar un poco de vino y naranjas, que compramos á los *facchini*, cargadores que se hallan á toda hora en aquel sitio, dispuestos á subir á los viajeros. Este valle, sobre el cual nos hallamos, no existía antiguamente; y si debe darse crédito á los escritores antiguos, el *Somma* era el único vértice que presentaba con el Vesubio la figura de un solo cono truncado, antes de la erupción de 79, (léase á Estrabón). En esta fecha memorable fué cuando la montaña se abrió; y

de la profunda sima, surgieron oleadas de candente lava que más tarde se petrificaron, cubriéndose de escorias y ceniza que formaron el amplio valle de quinientos metros que separa las dos cumbres en que actualmente se divide el volcán, á saber: El cono volcánico ó Vesubio, propiamente dicho, y el *Monte Somma*, que rodeando al primero al N. y al E., le forma un prolongado cinturón de paredes abruptas por el lado interno, y suavemente inclinadas al exterior. Las rocas que forman este monte, son muy distintas á las lavas del Vesubio. El concienzudo estudio que se ha hecho, ha dado por resultado saber que la lava del Somma es porphírica, de anphigene y phyrosene, con gruesas estratificaciones que se elevan al centro del cono, bajo un ángulo de 20 á 30 grados; así como también que las rocas de su masa, siendo de origen ígneo, no han sido expelidas por un cráter, sino producidas por algún levantamiento antiguo. Quizá esta circunstancia por una parte, y la rara particularidad de haberse encontrado en las capas de toba de piedra pómez de su falda, algunas conchas fósiles, han hecho comprender á algunos que en cierta época geológica, el Vesubio era sub-marino. Sea, pues, para los sabios el cuidado de examinar todo esto, y sigamos nuestro interrumpido camino.

Dejamos nuestros caballos en poder de los *facchini*, supuesto que la ascensión á lo que se llama *Cono de Cenizas*, presenta aun á pie graves dificultades, ofreciendo una inclinación de cincuenta grados. Para subir se emplean varios sistemas; nosotros optamos al principio por tomar un solo guía, que subía delante afirmándose en un grueso callado que enterraba en las cenizas para no caer. De las espaldas de este hércules, colgaba un cinturón en forma de gaza ó lazada, donde apoyábamos ambas manos para ser tirados á remolque por aquella resbaladiza y rápida pendiente, formada por las cenizas que arroja el volcán. Muy pronto se cubrieron nuestras frentes de un sudor tan copioso que empapó nuestros vestidos. Abrasados por el sol, jadeantes y faltos de respiración, saltábamos de un trozo de lava á otro trozo, haciendo esfuerzos inauditos y sintiendo que el calor au-

mentaba bajo nuestros pies. Unas veces por nuestro propio pie, y otras con el auxilio de los guías, parecía que devorábamos los ochocientos metros del famoso cono; y aunque caminábamos alegres llevando ante los ojos los misterios de aquel abismo, no por esto era pequeño el peligro á que nos habíamos expuesto. Cada paso que dábamos en aquel polvo donde nos hundíamos hasta las rodillas, nos parecía más y más arriesgado, creyendo rodar hasta la falda de la montaña. A cada momento cedían bajo el pie las parduzcas masas de ceniza ó alguna roca de donde acabábamos de saltar, rodando sorda y siniestramente, hasta destrozarse en mil fragmentos contra las escarpas del volcán. Empezamos á sentir que el calor aumentaba al grado que, cuando teníamos necesidad de poner la mano para apoyarnos sobre la ceniza, era forzoso retirarla al instante. Mil y mil grietas aparecían por todas partes arrojando un débil humo que apenas se elevaba algunos pies, cuando volvía á absorberse por entre las rocas. Vapores ardientes se levantaban en torno de las cimas; la niebla velaba el firmamento; el aire unas veces quemaba, otras era frío, áspero y sofocante. Las nubes que giraban en nuestro derredor, iban y venían pasando algunas veces á condensarse y confundirse entre la columna de humo del cráter. Ya se dejan percibir los esfuerzos de aquel monstruo por medio de un ligero temblor que produce un ruido siniestro, y apenas vamos por la mitad del cono. No puedo proseguir adelante. . . . Héme, pues, tendido sobre la caliente ceniza, agobiado, desfallecido enteramente, palpitando de un modo extraño la sangre de mis venas; sin aliento y con una cefalalgia atroz, resultado del poder de gases irrespirables, con particularidad del carbono, cuya acción sobre el cerebro es bien conocida. . . . Pensaba en aquel acto sobre los síntomas del envenenamiento, producido por el sulfuro de carbono, cuando veo llegar á mi compañero el Sr. Alva, sentado sobre los hombros de dos de aquellos formidables atletas. En medio de mi aflicción, no pude menos que sonreír á vista de aquel grupo original. Mi compañero y los guías procuraron que tomara una bebida fresca, una naranja; y algo más

recuperado, proseguimos el camino redoblando los esfuerzos. Unas veces á pie ó tirados por un guía, mientras otro empujaba por las espaldas; y otras, sobre los hombros de semejantes héroes, cayendo y levantando logramos por fin acercarnos á la cúspide de la montaña; pero fué preciso detenernos en una caverna formada por la lava, porque el desfallecimiento y los vómitos habían aumentado en mí de una manera tal, que alarmaba. A fuerza de limonadas y naranjas, único recurso en aquella morada del infierno, se trató de restaurar mis fuerzas. . . . Un paso más. . . . Un esfuerzo supremo. . . . último, y hemos llegado á la cima del gigante, apareciendo á nuestra vista aquel abismo llamado cráter, con toda la grandeza y los horrores que aterran, cuando los elementos desencadenados hacen conocer al hombre su miseria y pequeñez. Hemos hallado la truncada pirámide del fuego, y aun estamos en el exterior de la fatal boca. Yo me soñaba trasladado á otras regiones. . . . á la luna; pero menos en la tierra de nuestro planeta. Sobre nuestras cabezas caía un polvo de impalpable ceniza, y del fondo de la cima volaban lavas esponjosas y negra escoria envueltas en la columna de humo que arrojaba el volcán, elevándose hasta una altura considerable. El terreno que pisamos parece hundirse con nosotros debajo de los pies; tiembla, ruge y resuena la montaña como si fuera á desbaratarse en mil pedazos y tratara de volar al espacio. Este ruido poderoso que se efectúa por intermitencias, tiene mucha semejanza con el redoblado trueno en día de desecha tempestad, ó con el estallido de potente cañón repercutido por el eco de infinita cordillera de montañas. Mientras más nos acercamos, el estruendo es más terrible; el monte se estremece más y más y el olor á azufre es de tal modo insoportable, que nos obliga á llevar el pañuelo á la nariz. El borde exterior del cráter mide dos kilómetros de circunferencia; sus paredes están tapizadas de azufre en estado de eflorescencia, y cubiertas de una cantidad de fumarolas; pero para llegar á la verdadera boca del sombrío embudo, es forzoso descender un poco; tostar el calzado y decidirse á poder morir sorprendido por el hierro derretido

que arroja aquella garganta, y después de elevarse á una grande altura, caer cerca de los bordes.

Cuando esto pensábamos, nuestro compañero el doctor y los demás guías á quienes nos habíamos reunido, celebraban el arrojado de una jovencita inglesa que había descendido hasta la boca, dejando bien lejos á sus compañeros. ¡Qué horror no debe inspirar el Vesubio, si se piensa que una débil corteza es el único obstáculo que bajo nuestros pies oculta el radiante fuego! Si alguna vez el lector de estas líneas ha sentido los desastres de un terremoto, inundación ó incendio, comprenderá el justo miedo, el terror miserable que se apodera del viajero, en estos sitios donde parece que todos los elementos se combinan contra el hombre; sin embargo, la presencia de los compañeros y la reunión de un número regular de personas, hizo desaparecer mi debilidad, sofocó el temor, y me decidí á llegar al boquerón horroroso; y aprovechando los momentos en que el aire había apartado un tanto las escorias que amenazaban fundir mi cabeza, y la columna irrespirable del densísimo humo, avanzo, pues, por entre aquella variada coloración de azufre, cayendo á mi derecha é izquierda trozos de fundida lava; estoy al borde de la pavorosa boca del monstruo; me asomo al fin; la veo y contemplo lleno de fascinación; distingo el fuego que ilumina el profundo y esquebrajado sumidero donde hierven las entrañas de la tierra, y pienso en Dios.

En este instante brama el espantoso trueno, siento que tiembla todo el Universo y que acaba la máquina del Orbe; del fondo del infernal embudo surgen el humo, la lava y las escorias, asciende la llama, se estremece y tiembla el borde bajo mis pies, resuenan como trueno las rocas que caen al abismo y siento que mi espíritu desfallece. Los gases me ahogan. Se apodera de mí un vértigo horrible, y auxiliado por un guía me aparto en el acto de aquel precipicio. Lo que allí se ve y se siente no hay pluma alguna que pueda describirlo, ni ideas que se aproximen á la realidad, ni palabra capaz de traducir semejantes impresiones. ¡Aquello es morir! no puede soportarse, y al mismo tiempo atrae y fas-

cina. Cuando me ví fuera del peligro, respiré con más libertad, é intertanto se daba por los compañeros la señal de marcha, me entretenía en ver á los *facchini*, unos saboreando con aparente tranquilidad algunos huevos que habían cocido en las cenizas del cráter, y otros ofreciendo á nuestra contemplación los palos hechos ascuta que habían introducido en aquellas grietas y algunas monedas de cobre que arrojadas en los momentos de caer la lava candente en el suelo, habían quedado engastadas en ella. Era tarde, el sol estaba próximo á su ocaso y se hacía forzoso partir. Por el mismo camino que nos había costado una hora de inauditos esfuerzos íbamos á regresar, pero no por nuestros propios pies, sino volando y envueltos en las nubes que formaban los vapores del cono.

Yo el primero me lancé con frenética alegría por aquellas vertientes de ceniza que cedía bajo mis pies obligándome á devorar la distancia y á soñar en los hielos de la Suiza. No cabíamos de placer y regocijo y reíamos hasta ahogarnos, apostando quién llegaría á triunfar sobre los demás. . . . Cinco minutos después estábamos montando en el *Somma* nuestros caballos, depositando en manos de los *Facchini* 50 liras que se hicieron pagar por haber cargado nuestras humanidades sobre los hombros. Puestos nuevamente en camino dejamos á la derecha las corrientes de lava que en 1794 descendieron hasta el mar atravesando á Torre del Greco, asesinando á sus moradores y tapizando el suelo de una capa de cenizas de más de un metro de altura, y á la izquierda una gran montaña de lava que aun conserva su calor y arrojada hacía un mes por la boca del nuevo cráter.

Al frente á nuestros pies en todo el derredor, teníamos el sin igual panorama de la ciudad de Nápoles, que aparecía recostada muellemente sobre sus fértiles montañas y se dejaba acariciar por las aguas del incomparable Golfo. Ischia y Procida con todos sus encantos se divisaban á lo lejos. Á nuestra siniestra Castellamare y la poética Sorrento, honrosa cuna del Tasso, perdida entre sus bosques de naranjos, un poco más allá Capri, la deliciosa mansión del voluptuoso

Tiberio, y como para coronar este cuadro sublime, la bella perspectiva de un limpidísimo cielo bordado con delicados celajes en aquella hora de la poesía de la tarde, de las armonías, etc., etc. ¡Con razón todo viajero queda fascinado con el encanto soberano de la Italia! Al visitarla no puede menos de exclamar con sus moradores: *¡Napoli e un pezzo de cielo caduto in Terra!*

Está metiéndose el sol, pasamos por Bosco ya de noche y á las 9 tomamos el ferrocarril para Nápoles.